

## Pablo Vrillaud

La juventud universitaria argentina ha perdido una de sus figuras más valiosas con la trágica muerte de Pablo Vrillaud.

En la rápida y animosa vida de Vrillaud hay dos aspectos fuertemente señalados: lo que fué y lo que hubiera llegado a ser si la muerte no lo hubiese arrebatado tan anticipadamente. Fué un idealista y un luchador, y constituía una de las más seguras esperanzas de su generación.

Desde su iniciación universitaria en la Facultad de derecho de Santa Fe fué el leader de aquella juventud. Pronto e insensiblemente los prestigios de su carácter e inteligencia se fueron imponiendo en el corazón de su pueblo provinciano, que lo contó siempre con actitudes invariables en las luchas liberales, en la defensa de los trabajadores, en las grandes jornadas cívicas, y en mayor grado, en los agitados y fecundos movimientos universitarios. Fué cabeza y alma en estos movimientos, por la natural gravitación de sus dotes personales. Jamás le tocó actuar anónimamente. Su nombre presidía las agrupaciones estudiantiles, y fué constantemente aclamado por sus compañeros.

Basta recorrer la lista de los cargos que ejerció en la vida estudiantil para comprender la amplitud y la intensidad de su acción proverbialmente honrada e incansable.

En la lucha por la « reforma universitaria » se señala entre los iniciadores más vehementes y convencidos. Representó a los santafecinos en el primer congreso de estudiantes universi-

tarios, reunido en 1918 en la ciudad de Córdoba, cuyas declaraciones dieron contenido expreso a las legítimas aspiraciones reformistas. Allí se destacó enérgicamente la nerviosa figura de Pablo Vrillaud, por la fuerza persuasiva de sus iniciativas y la elocuencia y el entusiasmo de su oratoria. Defiende proyectos propios y apoya otros ajenos, demostrando una sincera preferencia por los pensamientos y actitudes avanzadas.

En 1919 es elegido presidente del Centro estudiantes de derecho de Santa Fe. En esta oportunidad desempeña un papel de grande responsabilidad: colobra seriamente en el proceso que determina la transformación de la vieja y retardada Universidad provincial, de alcances e influencia muy circunscritos, en la actual Universidad nacional del Litoral; movimiento que originó, lógicamente, una lucha resuelta, entre los sostenedores de la antigua situación universitaria y los partidarios de la nueva creación, de intenciones más extensas y de espíritu más moderno. Vrillaud en esa hora es, quizá el más alto animador de la juventud y el guía del movimiento nuevo, en torno del cual se agruparon los universitarios jóvenes y todo el pensamiento liberal de Santa Fe y sus provincias vecinas. Muchos de sus compañeros, seducidos por otras actividades o por otros intereses, desertaron pronto, y algunos, con sus ulteriores y contradictorias actitudes provocaron, inevitablemente, cierto desprestigio en torno del movimiento renovador, como ocurrió, igualmente, en las demás ciudades universitarias. Pero Vrillaud permaneció firmemente leal a su posición reformista, sin una sola renuncia en su conducta, lo que le atrajo siempre la doble y respetuosa simpatía de compañeros y de adversarios.

Los estudiantes santafecinos lo eligen, en 1920, presidente de la Federación universitaria local, desde cuyo cargo cooperó eficazmente en la organización de la nueva Universidad, creada por ley de la Nación, después de una empeñosa y decidida campaña juvenil.

La Federación universitaria argentina lo designa, en 1921, delegado al primer Congreso internacional de estudiantes, reunido en

Méjico, conjuntamente con cuatro compañeros, entre los que figuraba el exquisito espíritu de Ripa Alberdi, cuya muerte anticipada como la de Vrillaud será siempre sentida por la juventud del país. Su actuación reposada en las comisiones y su intervención aplaudida en los debates le permitieron hacer sentir sus presigios, que pronto ganan las simpatías de todo el congreso. Así se justifica que se le encomiende, junto con otros estudiantes, un viaje por los países europeos con el objeto de propagar las resoluciones sancionadas en Méjico, y asegurar la concurrencia de nuevas representaciones estudiantiles al segundo Congreso internacional que debió reunirse ya en esta capital. Al pasar por España, Vrillaud es acogido con distinción por reputados intelectuales de ese país, quienes lo invitan a ocupar la tribuna del « Ateneo » de Madrid, donde desarrolló una brillante conferencia sobre ideales hispano-americanos, cuyo resumen nuestros grandes diarios destacaron en sus columnas.

Desempeñaba el cargo de director de la biblioteca de la Facultad de derecho de Santa Fe con entusiasmo e ilustrada competencia cuando la muerte le sorprende en forma inesperada, que se torna más dolorosa aún si se advierte que se hallaba muy próximo a dar fin a sus estudios de derecho — cursaba el último año de abogacía, — frecuentemente interrumpidos por las exigencias imperiosas de las actividades estudiantiles en mayor grado, y en mucha medida también por sus preferencias intelectuales y estéticas que lo decidían a cultivar lecturas o ensayar creaciones ajenas a sus menesteres de estudiante. Fué asimismo, sin la pequeña pre-ocupación de los fugaces éxitos de exámenes, el alumno de rápida inteligencia, de juicioso criterio y de excepcional cultura.

Pocas veces se ha lamentado tanto la muerte de un hombre tan joven. Es que Pablo Vrillaud no era de los que solamente pueden exhibir valiosos títulos de una actuación pasada o reciente. Más que lo que fué se lamenta, con su muerte, lo que hubiera llegado a ser. El pueblo de su provincia, en primer término, que lo alentaba con especial simpatía, y la juventud liberal del país, que lo conocía a través de su extendida y múltiple actividad, habían depo-

sitado en él legítimas y grandes esperanzas, que la muerte acaba de destruir, dejando en su lugar la sensación de un inmenso dolor.

Y este dolor es más explicable si se agrega a su recordada actuación de luchador inteligente otros aspectos inolvidables para quienes lo siguieron de más cerca. Era un poeta musical, cuyos versos trasuntan la selección de su espíritu. Poseía el don de una palabra galana y vibrante que ya, a su corta edad, lo había consagrado el orador predilecto de las diversas muchedumbres que lo rodearan en su provincia, o fuera de ella.

La generosidad de sus compañeros universitarios ha confiado a un espíritu muy culto la compilación póstuma de las mejores páginas del joven escritor, donde sus amigos podrán renovar agradables contactos con el malogrado camarada; y donde podrán seguir los rastros delicados de su mentalidad estudiosa y creadora, quienes no sintieron el deleite de su seductor trato personal.

Con tan elevados y excepcionales antecedentes se ha ido prematuramente Pablo Vrillaud, dejándonos el recuerdo de su ejemplar actividad, movida por una clara y amplia inteligencia y vigilada por su conducta invariablemente honesta y su carácter jamás quebrado que, acaso, pueda servir de emulación a los compañeros que le sobreviven y a las nuevas generaciones universitarias.

JUAN MANTOVANI.